

Regresa Gil a la Corte y Carlos VII le confía la defensa de Juana, de la que Gil se constituye en fiel y celoso guardián, acompañándola en cuantas acciones guerreras toma parte, incluso en las de mayor peligro. Su comportamiento es sencillamente admirable, el propio de un caballero cristiano de la época, y ve el premio de sus desvelos patrióticos y cristianos en el triunfo de los ideales de su capitana Juana de Arco. Asiste al levantamiento del sitio de Orleans, y cuando en Reims, la hoy Santa hace consagrar al Rey, él se mantiene a su lado. En esta ocasión, en premio a su valor es nombrado Mariscal de Francia. ¡Tan solo cuenta veinticinco años!

Muy poco tiempo después, Juana es apresada, y se le instruye proceso. Mientras éste tiene lugar, Gil de Rais permanece por los alrededores de Rouen. ¿Intentaba salvar a la que admiraba?... No se sabe... Quizá no se sepa ya nunca. Juana es llevada al suplicio... Entonces perdemos las huellas del barón Gil de Rais.

Un año después, le encontramos nuevamente encerrado en su castillo de Tifauges, palacio propio de un verdadero príncipe; con él están su guardia, compuesta por más de 200 hombres, caballeros, capitanes, pajes... todos ellos con sus criados magníficamente equipados. Es el castillo donde reside todo el clero correspondiente a la metrópoli; las riquezas de orden religioso que encierra son incalculables, no tan sólo en ornamentos sacerdotales, sino en vasos sagrados y relicarios. En el castillo se ha instalado un orfebre que va realizando su artística labor según las indicaciones y gustos del noble barón.

Tiene una verdadera pasión Gil de Rais por la lectura y por los libros. Se convierte en un latinista erudito, su conversación es amena e ingeniosa, posee manuscritos de los autores latinos por él preferidos, y tanto ama a sus libros y sobre todo a esos manuscritos que ni en los viajes se separa de ellos; contrata miniaturistas para ilustrar sus ejemplares, y es él mismo quien pinta esmaltes que luego manos hábiles encajan en las encuadernaciones preciosas de la época.

Su mesa está siempre dispuesta para cuantos a ella se lleguen. Sus comidas llevan el sello de la distinción y elegancia del *gourmet* artista de aquel siglo.

Gil de Rais ama lo bello, puede vivir bien y vive bien, selecciona lo más hermoso, lo más puro. Sabe rodearse de cuantos detalles artísticos complementan una existencia agradable; destierra la fealdad y la tristeza de todo lo que puede alcanzar su vista.

No obstante lo cuantioso de su fortuna, con semejantes gastos y dispendios, se viene abajo en menos de ocho años. Vende, empeña, hipoteca sus castillos, señoríos y propiedades, toma a préstamo de usureros e incluso solicita anticipos dejando en garantía sus queridos libros.

Hay un momento en que nuestro protagonista, viendo próxima su ruina, tiende a ponerle remedio. ¿Cómo? Dado su afán de cultura y su dadividosidad, a su castillo habían acudido una masa de individuos, espíritus cultos de aquella época, embaucadores, que diríamos al presente; conocedores, al decir de ellos, de cuantos secretos encerraba la Alquimia, y eternos buscadores de la fabricación del oro. A ellos se entregó Gil de Rais, estudioso y erudito, con la misma pasión e interés que tiempo atrás protegió y defendió a Juana la mártir.

Gil de Rais, en este momento, pasa el Rubicón de su vida. Del misticismo de sus veinticinco años, patriota acendrado, cristiano fervoroso, fiel guardián y servidor de una doncella, se coloca en un punto que resulta frontera harto fácil de salvar para llegar a una situación diametralmente opuesta a la que hasta entonces había sostenido. El fin es el mismo. La pasión, energía e interés son idénticos. Lo que cambian son los medios, camino tortuoso, completamente al margen de la normalidad, que han de conducirlo a realizar hechos de los que él mismo se hubiese horrorizado de haberle sido revelados en su época de misticismo religioso.

Para salvarse de la ruina económica, se entrega a la Alquimia, construye un laboratorio en una ala del castillo, compra aparatos, retortas... todo lo necesario para fabricar oro. Va a intentar por vez primera la "gran obra" de los alquimistas del medievo.

Y van siguiendo las ventas de propiedades y las hipotecas sobre sus posesiones; la familia alarmada por el giro que toman los asuntos suplica al Rey que intervenga. Este en 1436 dictamina en Amboise que "en vista del mal gobierno del señor De Rais, prohíbe en su gran Consejo que venda o alienara ninguna fortaleza, ningún castillo, ni ninguna tierra".

Como resultado de semejante disposición, de este momento en adelante Gil no vendió nada a ningún usurero... solo a Juan V, Duque de Bretaña, que se convierte en único adquirente, ya que arteramente se negó a publicar en sus Estados el Edicto Real y prohibió oficialmente a sus súbditos que compraran o hipotecaran propiedades a Gil de Rais. Juan V, conciencizado usurero de sangre azul, ponía él mismo precio a sus compras.

Gil se enfurece con su familia y encierra a su mujer y a su hija en el castillo de Pougauces. Ya no volverá a acordarse de ellas nunca más.

Entonces se inicia en su vida el período satánico que ha de conducirlo al "sadismo mayor".

Pero eso será objeto de nuestro próximo artículo.